CAPITULO XXIII.

EL CHUBASCO.

Los coches debian desfilar por un estrecho sendero, en el que un mal paso habia detenido el primer carruaje.

La alarma se convirtió bien pronto en algazara, cuando se hubo averiguado la causa de la detencion; pero el mal era en realidad mayor de lo que parecia, pues se habia inutilizado una rueda y aquel coche no podia seguir caminando.

Reunidos los criados no tardaron en sacar el coche del atolladero, pero hubo necesidad de abandonarlo. En seguida se hicieron desfilar los demas y salvar uno á uno

aquel mal paso, teniendo para esto que apearse las señoras y que caminar á pié un gran trecho.

Este incidente retardó la marcha por mas de una hora, durante la cual y disipada la primera impresion del peligro, hubo motivo para que toda aquella comitiva se entregara á la expansion de los comentarios.

Ya los viajeros seguian tranquilamente la marcha, cuando un incidente de la misma especie volvió á interrumpirla.

—No hay cuidado, gritó uno, es otro mal paso.

—¡Pié á tierra!

—¡Abajo!

—¡Otra vez!

—¡Hoy no llegamos!

Y la misma algarabía de la escena anterior se repitió, no obstante que aquello comenzaba á contrariar á los menos resignados.

Cárlos estaba visiblemente contrariado, y en mas de un grupo se suscitó la cuestion de acriminar al gobierno por el mal estado de los caminos.

—¡Es imposible! ¡si esto no es país! Vea usted que camino, y en pleno siglo XIX! decia uno.

—¡Y en tiempo del vapor!

—¡Esto no se ve en ninguna parte del mundo!

—Nada, decia otro, mientras no haya caminos, no habrá paz, ni prosperidad, ni nada en México.

Cárlos y Salvador presenciaban, los primeros, el paso de los carruajes y dirigian las operaciones.

—Lo que siento es, decia Cárlos, que la tarde va á ser mala; la agua es segura y es preciso darnos prisa.

—¿Lloverá?

—Sin remedio, y á este paso nos van á sorprender la agua y la noche.

—¡Vivo! ¡vivo! gritó Salvador á los criados.

—¡La rueda delantera!

—Ahora la otra.

Y lentamente y solo merced al número de hombres que ayudaban, podian salir los coches de cada uno de los atolladeros.

—¡Vicente! gritó Cárlos.

Y uno de los cocheros se dirigió á Cárlos.

—¿Qué, no hay otro camino mejor que éste?

—No, señor, contestó el cochero, el otro está peor.

—¿Crees que lloverá?

—Yo creo que sí, señor amo.

—¿Y no podremos llegar á tiempo?

—Ahí está no mas la agua, vea usted, señor.

Efectivamente, hácia el Oriente el horizonte se ennegrecia por momentos á medida que el sol declinaba.

A poco empezó á soplar un vientecito frio del N. E. que era el que iba á decidir la cuestion.

Al sentir aquella ráfaga húmeda, Cárlos comprendió toda la gravedad de la situacion, en que sin remedio iban á verse colocados.

Cárlos estaba pendiente, no solo del paso de los car-

ruajes, sino que repetidas veces tendia sus miradas hácia el camino.

—Me impacienta el retardo de los exploradores, dijo Cárlos á Salvador.

—¿Ya debian estar de vuelta?

—Hace una hora, segun las instrucciones que tienen.

—¿Realmente temes que á pesar de nuestro número seamos atacados?

—Lo estoy temiendo, porque he sabido que no hace muchos dias pasó por aquí una partida como de sesenta hombres.

—Pues ya eso es grave.

—Ya se vé que lo es, y luego, que como vamos con señoras, esto va á entorpecer todas nuestras operaciones.

Todavía se presentó un tercer mal paso en el camino, que volvió á detener la marcha de la comitiva, obligando de nuevo á los paseantes á apearse de los carruajes.

No habian pasado los tres últimos coches cuando ya las nubes se habian amontonado sobre la cabeza de los viajeros.

Informes pelotones avanzaban hácia el zenit dibujando con perfiles luminosos sus gigantescos contornos, mientras que en el horizonte se corria un velo ceniciento y uniforme que ocultaba los altos perfiles de las montañas.

De repente se escuchó una detonacion prolongada y lejana, pero bastante perceptible para que de la comitiva

en masa se levantara un murmullo como el de un enjambre que se alborota.

—¡El agua! gritaron por todas partes.

—¡Viene el agua!

—¡A la agua, patos!

Otra descarga eléctrica hizo rimbombar sus ecos en las montañas; el sol se ocultó tras de negras nubes y la sombra empezó á invadir el espacio.

Se sentia en los carruajes ese sofocante calor que precede á las borrascas. Aquella capa de aire caliente no tardaria en elevarse para ser súbitamente sustituida por una ráfaga tempestuosa.

La electricidad estaba jugando sobre sus inmensas plataformas de nubes ó de capas de aire enrarecidas; se sucedian en lo alto las corrientes y se desgajaban y se unian aquí y allá enormes masas parduzcas y pesadas que amenazaban desprenderse sobre la tierra.

Comenzó á oirse un chasquido particular, parecido al que produce el maiz al pasar por un harnero inclinado de hoja de lata para depurarse del tamo.

—Ya está lloviendo, dijeron algunos.

Pero ni una gota caia, y no obstante, aquel ruido se prolongaba y crecia.

—¿Qué es eso? dijeron algunas señoras, ¡que ruido tan extraño!

—¡Dios mio! ¿qué está sucediendo?

—«*Glorifica mi alma al Señor*» murmuraban por todas partes.

—¡Esto es horrible!

—¿Qué ruido es ese?

—¡Padre! gritó una señora, conjure usted por Dios esa nube, vea usted que horrible!

—¿Quién trae vela de Nuestro Amo? dijo una señora.

—Yo.

—Y yo.

—¡Enciéndanlas pronto!

—Padre, rece usted por nosotros.

—¡Jesus, que ruido!

—Y lo mas extraño es, que no cae una gota de agua.

—Y parece que no está lloviendo todavía por ninguna parte.

El padre Gonzalez estaba entregado completamente á la oracion, colocado dentro de un coche que tenia los vidrios levantados, y dos señoras lo acompañaban, vela en mano.

El pánico se habia apoderado de las señoras, y en estos momentos ninguno de los coches caminaba porque el primero habia sufrido otra avería.

Era aquel un paso del camino en el que para descender, ladeando una pendiente, habia que caracolear entre una falda y un precipicio. Los hombres seguian caminando á pié con algunas de las señoras que tenian mas temor de ocupar los coches.

Castaños, Santibañez y otros dos, se habian adherido á un grupo que rezaba, á la sazon que se unian con Salvador.

—¿Qué es esto, qué está sucediendo, señor Don Salvador? preguntó Anita.

—Es un fenómeno muy bonito.

—¡Ay, qué horror! ¿conque á usted le divierte?

—Estoy encantado.

—¡Jesus, María y José! usted no tiene remedio.

—¿Y qué fenómeno es ese? preguntó Castaños abreviando su *Magnificat*.

—Es el granizo que contienen esas nubes que están sobre nosotros.

—¿Pero por qué suenan?

—Porque los granizos impulsados por el viento, se chocan entre sí antes de caer.

—¿Quiere decir que van á caer sobre nosotros? preguntó una señora.

—A menos que una fuerte corriente de aire desvíe la nube prontamente.

—O que la infinita misericordia de Dios la aleje, por un especial favor hácia nosotros.

—Tambien, contestó Salvador y se alejó.

—¿Usted cree eso? dijo una señora á otra.

—¡Qué voy á creer! figúrese usted si Dios en sus altos juicios.....

Entonces fué á Castaños á quien le tocó hacer el papel de hombre instruido.

—Pues créalo usted, dijo fingiendo aplomo y avergonzándose interiormente de haber tenido miedo; la electri-

CAPILLA ALFONSINA

cidad es una cosa conocida: todo el mundo sabe lo que es la electricidad, y los que hemos estudiado física.....

—Pues yo no he estudiado eso, y tengo mucho miedo.

Una nueva detonacion fué como el postrer aviso del chubasco, porque aquella nube parda que parecia besar ya la montaña, vomitó torrentes de granizo.

Todos se refugiaron en los coches y cerraron los vidrios.

El ruido era espantoso: verdaderas cataratas se desprendian de lo alto, formando una sucesion de blancas columnas que se estrellaban en las rocas. En pocos momentos el suelo estuvo blanco, y los granizos al azotar contra los cristales de los coches, parecian romperlos á cada momento, porque no era una corriente continuada, sino grandes descargas á cortos intervalos.

El granizo fué haciéndose mas pequeño hasta convertirse en lluvia, á tiempo que algunos truenos rimbombaron prolongados y magestuosos por toda la bóveda, que á poco se entoldó completamente, haciendo mas densa la oscuridad.

El aguacero se desencadenó resueltamente.

Los ginetes que rodeaban los carruajes se habian dispersado, buscando algun abrigo; unos junto á los coches, y otros alejándose, buscando el tronco de un árbol ó un respaldo de rocas.

El aguacero, con intervalos de mas ó menos intensidad, duró cerca de cuarenta minutos.

En el Poniente las nubes se agruparon de manera, que

no dejaban penetrar un solo rayo del sol: el camino estaba inundado y se determinaban sucesivamente, despues del chubasco, grandes caidas de agua, á medida que se deshacia el granizo en las alturas; no obstante, Cárlos dió órden de seguir la marcha.

Pero esta marcha iba á ser precisamente por el lugar mas accidentado del terreno, de manera que los coches fueron descendiendo lentamente al fondo de una parte baja de la barranca para salvar todavía á favor de la escasa luz de la tarde, los malos pasos.

La marcha se hacia cada vez mas difícil y peligrosa y el camino estaba intransitable para andarlo á pié.

Caracoleando y salvando con frecuencia algunos atolladeros, la comitiva llegó á descender hasta el fondo de la barranca para emprender de nuevo la subida y ganar los llanos para rendir la jornada.

Pero en el fondo de aquel bajío, la oscuridad se hacia mas densa y un nuevo aguacero vino á complicar la situacion.

Se oyó de repente el andar de dos caballos que bajaban precipitadamente de la pendiente opuesta.

Cárlos saltó del carruaje y fué al encuentro de los ginetes.

Salvador lo siguió.

Eran los dos mozos que habian ido de exploradores y que regresaban haciendo señas con el sombrero.

CAPITULO XXIV.

EN EL CUAL SE VERÀ BAJO QUE AUSPICIOS VUELVEN Á ENCONTRARSE GOMEZ Y SALOMÈ.

APARECIERON detras de los exploradores como seis hombres á caballo.

Cárlos y Salvador regresaron para dar la voz de alarma.

Bajaron los hombres de los coches, y desde aquel momento empezó á reinar la mayor confusion y desórden; todos gritaban y ninguno podia entenderse.

Cárlos, Salvador, otras dos personas y dos de los cria-

CAPILLA ALFONSINA

dos se posesionaron de un punto avanzado sobre unas rocas.

Los coches ocupaban una larga línea que podia ser atacada por varias partes con ventaja.

Otro peloton como de cinco hombres apareció por el lado opuesto.

Cárlos y Salvador hicieron fuego los primeros con sus rifles, y el grupo de seis hombres contestó los tiros avanzando: por el extremo opuesto se oyeron tambien tiros, siendo entonces los ladrones quienes descargaron sus armas contra los últimos carruajes.

Era el terreno un callejon sin salida, y los viajeros estaban atacados por los dos extremos del convoy.

A los fuegos de Salvador y Cárlos hubieron de replegarse los seis bandidos que los atacaban, moviéndose sin cesar y haciendo fuego.

—¡Castaños! ¿Donde está Castaños? gritaban unos.

—¿Y Santibañez?

—¿Dónde están los que tiran bien?

—¡A ellos!

Cuatro de los criados, de los mas intrépidos, aparecieron sobre la eminencia, en faz de atacar á los seis ladrones.

Cárlos y Salvador tuvieron que suspender sus fuegos.

—Cuida el otro extremo y haz que se defiendan, dijo Cárlos á Salvador; yo avanzo para sostener aquel ataque.

Salvador obedeció poniéndose en seguida á la cabeza de los que defendian la retaguardia.

Habíase empeñado una encarnizada lucha entre los

cuatro criados y los seis bandidos que atacaron primero, mientras que los cinco, á quienes atacaba Salvador con los que le ayudaban, se replegaban incesantemente.

Castaños, aunque habia disparado algunos tiros al aire y sin acercarse demasiado al peligro, se encargó empeñosamente, segun él decia, de poner á las señoras en puerto de salvamento, haciéndolas descender hasta el arroyo para resguardarlas de las balas que silbaban sobre sus cabezas.

A pesar de todos los esfuerzos de Castaños, no pudo lograr que todas las señoras estuvieran juntas.

En el grupo mayor no estaban ni doña Refugio ni Luisita, á quienes no pudo encontrar Castaños.

La noche se presentó negra y pavorosa, y á los dos extremos del convoy se veian claramente los fogonazos de las armas de fuego de una y otra parte; y cada detonacion repercutia sus ecos en aquellas desiertas y áridas barrancas, de manera que el fuego parecia mas nutrido de lo que era en realidad.

Los criados de Salvador habian cobrado ánimo y azuzaban á sus enemigos gritándoles improperios, que eran contestados por parte de los bandidos con espantosas maldiciones que hacian estremecer á las señoras, quienes en esos momentos formaban un grupo compacto al rededor del padre Gonzalez.

Los fuegos se fueron apagando poco á poco y solo resonaba uno que otro tiro contestado siempre.

Llegó á reinar una oscuridad tan profunda, que asal-

tantes y asaltados no podian distinguirse sino cuando disparaban sus armas.

El ataque se hizo de repente mas vigoroso por la vanguardia, y allí acudieron los mas de los criados y de los viajeros útiles para defenderse.

Mientras que se concentraba toda la atencion en aquel ataque, una escena singular pasaba en el extremo opuesto.

Doña Refugio y Luisita habian sido sorprendidas en su escondite por dos hombres de á pié que las amagaban con puñales, obligándolas á callar y á entregarles las alhajas y el dinero.

Castaños, que habia ido en busca de doña Refugio, y que habia ya descargado su pistola, llegaba á tiempo de este asalto parcial, pero no habiendo sido sentido se ocultó en unas malezas á algunos pasos de la escena, sobrecojido de pavor.

Un tercer bandido amenazaba á otra de las señoras, á quien no podia distinguir Castaños á causa de la profunda oscuridad del lugar.

Los gritos de las señoras se confundian con los de los criados, y todos se perdian en el incesante rumor que producian algunas cascadas que se precipitaban por varios puntos al fondo de la barranca.

Pero á pesar de estos rumores, Castaños pudo hacerse cargo de la situacion, oyendo estas palabras:

—¡Mátame, infame! soy yo.

—¿Tú, Salomé, tú? Ven, vámonos.

—¿Por qué no me heriste antes de hablarme?

—Cállate, y no digas mi nombre. Vámonos.

Esta palabra la pronunció Gomez tan alto, que sus compañeros la tomaron por la señal del peligro, y abandonando á sus víctimas, se perdieron entre las sombras.

Castaños, que habia tenido tiempo de poner tres cartuchos metálicos en su pistola, preparó, apuntó á Gomez, y dejó ir el tiro.

Gomez dió un grito, que fué seguido de otro de Salomé.

A la sazon se acercaban á aquel lugar dos de los criados con Salvador, y Castaños, saliendo de su escondite, gritó:

—Señor D. Salvador, por ahí. ¡A ellos! están á pié, y acabo de herir á uno: no deben estar lejos.

Los criados metieron sus caballos entre las malezas, pero estas eran tan espesas que no pudieron avanzar, y se contentaron con hacer fuego en la direccion que les habia indicado Castaños.

El ataque de la vanguardia habia cesado completamente.

Cárlos habia avanzado, con su grupo á caballo, por la parte mas alta del terreno, y todavía hizo disparar algunos tiros en la direccion que habian tomado los asaltantes.

En seguida envió un criado con órden de que solo las señoras montaran en los carruajes, y que los hombres caminaran á pié y á los lados del convoy.

El cielo empezaba á despejarse y aparecian algunas estrellas: el azul del cielo era claro en cada jiron de nu-

bes que se rasgaba, porque la luna ya estaba bañando con su luz todo el espacio.

Habian resultado algunas señoras accidentadas, entre ellas Carolina, que padecia ataques de nervios.

Doña Refugio y Luisita estaban altamente preocupadas con motivo de la escena que habian presenciado entre Salomé y Gomez.

Se acercó Castaños al coche que estas ocnpaban, y parándose en el estribo, preguntó:

—¿Dónde está la muger?

—¿Quién?

—La protegida de usted, señora; ya habrá usted comprendido que nos hemos echado una víbora en el seno.

—¿Usted sabe?

—Sí, señora, yo fuí quien disparé sobre el bandido. Yo decia bien: esta muger es espía de los ladrones.

—¿Y la traemos con nosotros? dijo Luisita.

—Yo ya avisé á Cárlos para que la custodien.

—¿Y qué se ha hecho?

—Dijo que si nos volvian á asaltar, mandaba fusilar á la muger.

—¡Es posible! ¡qué atrocidad!

—Y en llegando va á dar á poder de la justicia.

—Eso sí me parece mas justo, dijo Luisita.

—Hemos sido las únicas robadas, dijo doña Refugio.

—¿Siempre perdieron ustedes algo?

—Los relojes.

—Yo les dí mi bolsillo, agregó doña Refugio.

—¡Cuánto lo siento! exclamó Castaños.

—De santos nos damos, porque peor hubiera sido otra desgracia.

La escena del bandido y Salomé circulaba ya entre todas las señoras, porque Castaños mas que de cuidar el camino, se entretenia en llevar la noticia de coche en coche para dar pié á la conversacion y á los comentarios.

—¡Bien deciamos! exclamaban las señoras, si esa muger no podia ser nada bueno; hay que desconfiar ya hasta de los limosneros.

—¿Y qué le harán?

—La van á entregar esta noche á la justicia.

—Harán muy bien.

—Ya se ve que sí.

Ya el convoy habia logrado trasponer la altura, y descendia por mejor terreno y alumbrado por la luna á la llanura.

A poco andar, Cárlos se unió con los demas y preguntó si alguien faltaba.

Tardaron algun tiempo en reunirse todos, y por fortuna no habia que lamentar ninguna desgracia, excepto el robo de doña Refugio y Luisita.

Habia que atravesar un llano, á cuyo extremo brillaban algunas luces.

—Allí está la hacienda, dijeron algunos.

—¿La hacienda grande?

—No, contestó Salvador, la otra; allí nos quedamos esta noche.

—Ya no hay peligro, dijeron algunos, y el terreno es magnífico.

—Sobre todo, dijo Cárlos, no tardarán en venir á encontrarnos.

—Aquí estaban los de la hacienda, dijo un criado.

—¿Y qué se hicieron?

—*Pos* echaron mucha bala á los *mañosos*, y si no ha sido por ellos, se nos meten, dijo otro de los criados.

—¿Tú los viste? le preguntó Salvador.

—Sí, señor amo, sí; por eso no entraron; eran como veinte, pero los de la hacienda los cortaron.

—Pues ahora sí vamos seguros.

—¡Pues vaya, amo, como no! si *chinampearon*.

Con esta seguridad, todos montaron en los carruajes.

—Bien lo necesitábamos, exclamó uno que venia cojeando; me he sumido en el lodo hasta las rodillas.

—Y yo estoy empapado.

—Y yo arañado de la cara.

—Pero no nos robaron.

—Nos libró Castaños, dijo el pollo que no desperdiciaba ocasion para provocarlo.

—¿Cuántos mató Castaños? preguntó ingénuamente la polla que tenia mas fé en este tirador.

Una risa general acogió esta pregunta.

La animacion reinó entre los pasajeros al verse completamente libres de todo peligro, y poco tiempo tardaron en llegar á la hacienda, adonde los esperaban muy diversas y no menos notables impresiones.

CAPITULO XXV.

EL RECIBIMIENTO.

Al aproximarse la comitiva como á unos doscientos pasos de la finca, rompieron el aire los ecos de una música de viento, que si bien hubiera podido tener mas armonía, no por eso era menos estrepitosa, especialmente por lo tocante al que golpeaba la tambora; pues su entusiasmo excedia con mucho á todos los *fortísimos* de la pauta; de manera que el buey que estacó su piel en aras de Euterpe no recibió jamas golpes póstumos menos merecidos.

Frente á la casa de la hacienda habia haces de leña ar-